

¿LA CULTURA DEL CAPITAL FINANCIERO PUEDE INCLUIR A LA DEMOCRACIA?

Lucas Rubinich



¿LA CULTURA DEL CAPITAL FINANCIERO PUEDE INCLUIR A LA DEMOCRACIA?¹¹

Lucas Rubinich¹²

Resumen

Autores relevantes de la sociología como Samir Amin, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein y Wolfgang Streeck observaron con preocupación las transformaciones ocurridas en el marco del predominio de una visión del mundo que aquí se identifica como la cultura del capital financiero, y directa o indirectamente se formulan una pregunta que este trabajo pretende precisar en tanto se entiende posee una gran relevancia política. Se trata de la posibilidad de convivencia entre las formas concretas que adquiere la cultura predominante del capital financiero con lo que Tilly llamaba democracias restringidas, con formas imperfectas y relativamente inclusivas del ideal del reformismo liberal. Sobre la fuerte pertinencia de esta pregunta, sobre los peligros para las mayorías populares que implica el proceso de resolución de esta tensión en favor de la mirada predominante, y sobre los potenciales obstáculos societales a la realización de esta mirada en una zona de la periferia como la República Argentina, sometida a las políticas formales (y también informales de poderosa eficiencia) de diversos espacios que expresan a la potencia dominante, es de lo que se ocupan estas notas.

Palabras clave: cultura del capital financiero, democracias inclusivas, sensibilidades políticas

Resumo

Autores relevantes da sociologia como Samir Amin, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein e Wolfgang Streeck observaram com preocupação as transformações ocorridas no quadro da predominância de uma visão de mundo aqui identificada como a cultura do capital financeiro, e direta ou indiretamente formularam-se uma questão que este trabalho procura esclarecer na medida em que é entendida como de grande relevância política. Trata-se da possibilidade de coexistência entre as formas concretas que a cultura predominante do capital financeiro adquire com o que Tilly chamou de democracias restritas, com formas imperfeitas e relativamente inclusivas do ideal do reformismo liberal. Sobre a forte relevância desta questão, sobre os perigos para as maiorias populares que implica o processo de resolução desta tensão a favor do olhar predominante e sobre os potenciais obstáculos sociais à concretização deste olhar numa área da periferia como a da República Argentina, sujeita às políticas formais (e também às políticas informais de poderosa eficiência) de vários espaços que expressam o poder dominante, é do que tratam estas notas.

¹¹ Algunas de las ideas centrales de este artículo fueron trabajadas en otro anterior publicado en la revista político cultural *Grandes Alamedas*. Véase, Rubinich, L. (2019). Siete notas sobre el principio de San Mateo, la democracia y el sentimiento igualitario argentino. *Revista Grandes Alamedas*, 8, octubre de 2019. Recuperado de <https://grandesalamedasblog.wordpress.com/2019/10/06/siete-notas-sobre-el-principio-de-san-mateo-la-democracia-y-el-sentimiento-igualitario-argentino/>

¹² Facultad de Ciencias Sociales – Universidad de Buenos Aires.



Palavras-chave: cultura do capital financeiro, democracias inclusivas, sensibilidades políticas

Abstract

Leading authors in Sociology such as Samir Amin, Charles Tilly, Immanuel Wallerstein, and Wolfgang Streeck have expressed their concern when observing social transformations linked to the growth of a world vision closely related to the culture of financial capital. These authors raise a question that this article seeks to further given its political relevance. The article delves into the possibility of the coexistence of the concrete shapes adopted by the dominant culture of financial capital with constrained democracies, as Tilly defines them, and with imperfect and relatively inclusive types of the ideal of liberal reformism. The following thoughts revolve around the significance of this question, the dangers faced by popular majorities posed by the resolution of the abovementioned tension in favor of the dominant views, and the potential societal obstacles that this view encounters in some areas of the periphery such as the Argentina Republic, which is subject to formal policies (as well as informal policies, which are quite effective) from various spaces representing the dominant power.

Keywords: culture of the financial capital, inclusive democracies, political sensitivities.



¿LA CULTURA DEL CAPITAL FINANCIERO PUEDE INCLUIR A LA DEMOCRACIA?

I

Un golpe clásico en Honduras y un golpe parlamentario en Paraguay; la destitución de Dilma Rouseff y el encarcelamiento del ex presidente Lula Da Silva en Brasil; el golpe habilitado por la OEA en Bolivia; elecciones con proscripción a los líderes que representan a una parte importante de sus sociedades como Rafael Correa en Ecuador y Evo Morales en Bolivia; la represión a la rebelión urbana y a las reivindicaciones del pueblo Mapuche legitimada por la mayoría de la clase política en Chile; el endeudamiento irracional promovido por el FMI durante el gobierno del presidente Macri en Argentina; la injerencia directa de la potencia imperial en la creación del grupo de Lima cuyo objetivo es derrocar al gobierno de Venezuela; el reconocimiento de la Unión Europea de un personaje caricaturesco como presidente alternativo de Venezuela; y, si se quiere, la indiferencia internacional por las masacres sistemáticas en Colombia. Éstos son una serie de hechos que habilitan la pregunta sobre la posibilidad de sobrevivencia de democracias liberales reformistas en el marco del afianzamiento de la cultura del capital financiero.

Es verdad que estas democracias en América Latina pueden aparecer bajo la forma que anhelaba von Hayek y a las que llamaba democracias limitadas¹³, y que tienen su realización práctica en la experiencia chilena. Allí se dan las condiciones fundamentales para su realización que es una clase política autonomizada, relativamente desligada de sus representados, que acuerda en un modelo fundamental gran organizador de las reglas del juego, que es la economía de mercado. Mercado —hay que subrayar— concebido como un ente universal que trasciende y subordina claramente las formas estatales. Pero también es cierto que, por circunstancias que habría que atender en cada caso y que seguramente se relacionan con la existencia de tradiciones de integración de amplios sectores de la sociedad o experiencias históricas de luchas por la integración de los sectores subordinados o ambas cosas, la realización del modelo ideal encuentra más obstáculos en aquellas sociedades en las que no solo están las resistencias fragmentadas de las franjas de población a la que se le restringen derechos sino también un sector de la clase política que acepta algunas reglas del juego internacional —y a veces gran parte de esas reglas del juego—, pero intenta, con legitimidad electoral, un camino que puede ser diferente con distintas intensidades.

¹³ En 1977, von Hayek visitó el Chile de Pinochet y la Argentina de Videla. Sobre la libertad en Chile afirmó que había más libertad en Chile con Pinochet que con Allende. En Argentina, en una entrevista con el político argentino Álvaro Alsogaray sostuvo lo siguiente refiriéndose a las “democracias ilimitadas”: [...] “Desde hace algún tiempo estoy convencido de que lo que amenaza a la economía de mercado no es únicamente el deliberado intento de las diversas especies de colectivistas para reemplazarla por un sistema planificado, ni tampoco las consecuencias de las nuevas y erróneas políticas monetarias: las instituciones políticas que prevalecen en el mundo occidental producen necesariamente un impulso en esa dirección, el cual tan solo puede detenerse o evitarse cambiando esas instituciones. Yo he llegado tardíamente a estar de acuerdo con Schumpeter, quien sostuvo hace treinta años que había un conflicto irreconciliable entre la democracia y el capitalismo, salvo que no es la democracia como tal, sino las formas particulares de organización democrática —consideradas ahora como las únicas formas posibles de democracia—, lo que producirá una expansión progresiva del control gubernamental sobre la vida económica, aun cuando la mayoría del pueblo desee conservar una economía de mercado”. *Revista SOMOS*, Buenos Aires, 25 de noviembre de 1977.



¿Qué ocurre cuando se intenta diseñar un camino que se aparte quizás apenas un poco de las reglas del juego impuestas por la economía internacional? ¿Los sectores de la clase política implicados de distintas maneras (bien por convencimiento, bien por pragmatismo ante lo considerado inevitable) en la reivindicación de esas reglas del juego del capital financiero y que no están solo reclusos en una elite aislada, sino que a través de distintas estrategias en empatía con la cultura predominante de época logran buenos resultados electorales, pueden aceptar las reglas de la democracia liberal si, en ese marco, encuentran obstáculos políticos y sociales a la implementación de su proyecto?

Experiencias recientes en la que participan sectores heterogéneos subsumidos en la cultura predominante del capital financiero, reforzadas por intereses geopolíticos de la potencia imperial y asentadas en un significativo apoyo societal –que puede no ser la mayoría electoral– resultaron en la implementación de diversas acciones que implican la no aceptación de mínimas disidencias sobre el orden económico predominante. Esa no aceptación de mínimos desacomodamientos, que se sostiene e intensifica aunque esa no aceptación signifique la violación de los marcos institucionales de la sociedad nacional, es decididamente un obstáculo a la profundización de la democracia. El interrogante que necesariamente se deriva de esta situación es sobre el sentido político de estas acciones. Si ellas resultan solo de coincidencias azarosas producto de una coyuntura particular, o si son un elemento constitutivo de esa cultura del capital financiero.

La cultura del capital financiero es centralmente una visión del mundo sostenida en una concepción de la acción en tanto acción no constreñida (o constreñida en una proporción que no le otorga significación analítica) por las variables económicas, sociales y culturales, y portadora de una idea de racionalidad reducida a la racionalidad individual, que construye un mundo darwiniano en el que la división fundamental es básicamente entre ganadores y perdedores. Son los ganadores los que dinamizarán el mundo con su capacidad emprendedora y es por eso que deben ser subsidiados, no los perdedores, a los que solo se atenderá en sociedades y en momentos en que, por distintos motivos históricos, no se puede ejercer contra ellos solo la pura represión. Su bandera trascendente no es la democracia concebida como una totalidad ni mucho menos, es, claramente, el puro mercado. Al decir de Sergio Bagú, “El mercado cumple en la tesis básica del supercapitalismo las funciones que asumió un tipo muy específico de deidad en otras formas organizativas ya caducas. Es un dios matematizado, omnisciente, omnipotente, tiránico, profundamente antihumano” (Bagú, 1997: 151). Y dos son los elementos centrales que materializan los mandatos de esta deidad. Uno, que es bien concreto, aunque pueda adquirir formas múltiples, es la corporación multinacional, una especie de Behemot pragmático, cuyo poder genera anomias productivas que facilitan su libre circulación; y el otro, simbólico, con poderosas consecuencias prácticas que es el ícono de la deidad: el individuo.

El Behemot pragmático despliega toda su fuerza y su brutalidad sobre viejas formas institucionales que intentan morigerar su arrollador avance. Su poder destructivo se atempera en tanto mantiene como subordinados serviciales a unas caricaturas de leviatán ocupados en reprimir la violencia social de distintas maneras y en realizar controles sobre poblaciones que, no siendo desechables por provenir de sociedades



relativamente homogéneas en términos étnicos y por arrastrar una historia de integración, obtienen cierta legitimidad cultural que las habilita a algún tipo de contención. El individuo conceptual, la figura icónica, es un individuo pragmático, no constreñido por otra cosa que no sean sus destrezas y sus limitaciones, lanzado a la lucha por lograr el éxito en un orden que, al decir de Bourdieu (1999), tiene como ley exclusiva la búsqueda del interés egoísta y la pasión individual del beneficio. El individuo concreto construido por esta arrolladora fuerza cultural, es, como sostiene Bauman, un agente social que “tiende a la pasividad, el escepticismo y la desconfianza hacia la ‘causa común’, el ‘bien común’, la ‘sociedad buena’ o la ‘sociedad justa’” (2000: 41). Porque, al fin y al cabo, “¿Qué significa ‘bien común’ sino dejar que cada uno se satisfaga a su modo? Toda actividad que emprendan los individuos cuando se juntan y todo beneficio que sus tareas compartidas les importen auguran una restricción de su libertad de procurarse lo que consideran conveniente para sí mismos por separado y no ayudan en nada a tales fines” (Bauman, 2000: 41).

Claro que esos valores de la cultura del capital financiero son elementos que no pueden ser convertidos en bandera explícita por los detentadores de esa visión del mundo, porque en algunos lugares no es posible sólo el uso de la fuerza para imponer las formas de organización económica y política que la realización de esa mirada requiere, y entonces, se implementan estrategias del más diverso tipo para mantener una ilusión republicana que atenúe la desconfianza de los agentes sociales de los cada vez más crecientes grupos castigados por el sistema, o para que, al menos, un sector más integrado dentro de los grupos no beneficiados de esas sociedades, puedan imaginarse ciudadanos de la república.

Pero es verdad que, a medida que se suceden hechos que intensifican el fin de época (debilitamiento de los estados nacionales subsumidos en mercados internacionales, pérdida de capacidad de representación de los partidos políticos, diversificación internacional de la producción y fragmentación de la fuerza de trabajo, menor peso de los sindicatos, consecuente pérdida de los derechos laborales, etc. etc.), esta visión del mundo con fuerte peso cultural a la vez que adquiere una arrolladora fuerza política, sus acciones se vuelven menos opacas.

Y entonces es que irremediablemente queda habilitada esa pregunta sobre su posibilidad de convivencia con lo que Tilly (1997) llamaba democracias restringidas, con formas imperfectas del ideal del reformismo liberal, con una democracia relativamente inclusiva en el marco de un capitalismo renano como imaginó Michel Albert¹⁴. Sobre la fuerte pertinencia de esta pregunta, sobre los peligros para las mayorías

¹⁴ En 1991, con el libro *Capitalismo contra capitalismo*, Michel Albert (1993) introdujo la noción de capitalismo renano. Se sostiene en ese trabajo que es erróneo pensar al capitalismo luego de la caída del muro como un sistema que desarrollará un camino unívoco, sin alternativas, en tanto no es un sistema monolítico. En base a experiencias concretas dibuja un modelo que llamará neoamericano y otro, al que reivindicará, que nombrará como capitalismo renano. Alemania es su ejemplo más claro. En ese país, dirá, por ejemplo “los horarios son más cortos y los salarios más altos. Lo que no impide de ninguna manera que tenga un excedente enorme en sus intercambios con el extranjero” (Albert, 1993: 96). Pero no se trata solo de Alemania que “es una encarnación particular, de ese ‘otro capitalismo’, el modelo renano, mal conocido y mal comprendido, que va desde el norte de Europa hasta Suiza y con el que también está parcialmente emparentado Japón. Este modelo es *indiscutiblemente capitalista*: la economía de mercado, la propiedad privada y la libre empresa son la regla. Pero, desde hace diez o quince años, el modelo neoamericano se ha singularizado cada vez más en varios puntos, de los que el más importante es aquel que el sociólogo Jean Padiou resumió así: “el especulador adquiere supremacía sobre el empresario industrial, las ganancias fáciles a corto plazo minan las riquezas colectivas de la inversión a largo plazo”. El modelo renano, por su parte, corresponde a otra visión de la organización económica, a otras estructuras financieras, a otro modo de regulación social” (Padiou en Albert, 1993: 96-97). Los bienes comerciales que en el modelo neoamericano son



populares que implica el proceso de resolución de esta tensión en favor de la mirada predominante, y sobre los potenciales obstáculos sociales a la realización de esta mirada en una zona de la periferia como la República Argentina, sometida a las políticas formales (y también informales de poderosa eficiencia) de diversos espacios que expresan a la potencia dominante, es de lo que se ocupan estas notas.

II

Es verdad que esta pregunta no tiene mucho sentido en aquellos espacios del planeta en donde esta tensión está resuelta a favor del actor central de esta cultura predominante que son las corporaciones multinacionales. Achille Mbembe, que ha analizado estados poscoloniales africanos y se ha valido del concepto necropolítica para dar cuenta de las formas más brutales de este triunfo político-cultural, sostiene que las políticas “que han conducido al desmantelamiento progresivo de la potencia pública se apoyan en la idea de que el Estado, en tanto estructura productiva ha fracasado en África, y que la organización económica regida por el libre juego de las fuerzas del mercado representa la forma más eficiente de asignación óptima de los recursos” (Mbembe, 2011: 80). El éxito de esas políticas ha resultado en que numerosos

estados africanos ya no pueden reivindicar un monopolio sobre la violencia y los medios de coerción en su territorio; ni sobre los límites territoriales. La propia coerción se ha convertido en un producto de mercado. La mano de obra militar se compra y se vende en un mercado en el que la identidad de los proveedores y compradores está prácticamente desprovista de sentido... La violencia no gubernamental conlleva dos recursos coercitivos decisivos: trabajo y minerales (Mbembe, 2011: 57).

Desde oficinas similares con su estética relativamente austera, en edificios que alojan grandes corporaciones en Nueva York, Londres, París, Ámsterdam o Fráncfort, jóvenes Ceos, que conforman una verdadera internacional gerencial, cierran operaciones varias veces millonarias en dólares, que se relacionan con equipamiento petrolero o producción de cobalto o manganeso, en alguna región de África. Las poblaciones contaminadas en situación de extrema pobreza, los niños soldados, los grupos de mercenarios, y la violencia arbitraria contra poblaciones a las que se aniquila su integridad moral, forman parte de ese sistema productivo territorial que al fin resulta más eficiente para la economía mundo que andar lidiando con instituciones públicas que conservan algún tipo de legitimidad ligada a la representación popular, y que deben rendir alguna cuenta, entonces, a sus poblaciones.

No obstante, la pregunta acerca de la convivencia entre alguna forma imperfecta de organización democrática que habilite la participación popular logrando mediante ella procesos de redistribución, y la poderosa fuerza político cultural del capital financiero, que la amenaza junto a cualquier forma igualitaria, es planteada y abordada de manera pertinente por distintos autores relevantes de la sociología

centrales, en el modelo renano se complementan con lo que llamará “bienes mixtos” que dependen “en parte del mercado y en parte de la iniciativa pública” y que tendrán una importancia mayor (Albert, 1993: 97).



contemporánea¹⁵. Es que la noción de democracia reformista liberal, sobre todo en sus componentes que habilitaban al ciudadano a no sentirse menos que nadie, se hizo símbolo y experiencia social concreta de las maneras en que se realizan las experiencias, con aspectos contradictorios, confusos, y a la vez abrió esperanzas igualitarias que se manifestaron y concretaron a través de distintas formas culturales políticas e ideológicas que resultaron en la conquista de mayor autonomía a diversos grupos oprimidos.

Estas formas, que de distinta manera contribuyeron a la participación de grupos no dominantes en posibilidades de influir en las decisiones que atañen al conjunto de la sociedad, fueron vistas por las miradas clásicas de la teoría social como pasos progresivos de la especie humana. Es por ello que no resulta extraño, siendo parte al fin de la gran herencia iluminista, que existan en las cuatro últimas décadas preocupaciones serias –planteadas de diferente manera y portando distintas miradas teóricas e ideológicas– que den cuenta tanto de la creciente concentración del poder, como de la pérdida de la capacidad de decisión sobre sus propios destinos de las mayorías populares de distintas sociedades.

Samir Amin, por ejemplo, cuando se ocupa de los procesos de concentración de poder internacional que coartan la autonomía de la política, afirmará que la reorganización del sistema capitalista –luego de la expansión de la posguerra que permitió transformaciones económicas, políticas y sociales en todas las regiones del mundo (transformaciones, aclarará, que fueron el producto de regulaciones impuestas al

¹⁵ Los autores seleccionados en este texto tienen distinto grado de implicación con la política concreta y quizás modelos de sociedad también diferentes, pero comparten una teoría del conocimiento social común, en donde los puntos del espacio social se explican por relaciones construidas históricamente que refieren con mediaciones a la totalidad, en la que se considera a los agentes sociales “no tomados en un aislamiento y rigidez fantástica, sino en su proceso de desarrollo real y empíricamente registrable, bajo la acción de determinadas condiciones” (Marx y Engels, 1959: 26). Y, por supuesto incorporan como sensibilidad en la construcción de sus objetos la pelea con las doxas político culturales de los propios espacios en los que se desenvuelven. Son formas, en fin, de actualización de una mirada materialista de la teoría social. Vale la aclaración porque en un libro de 2018 dos politólogos norteamericanos han incorporado recientemente la cuestión de la debilidad de las democracias sorprendidos por la irrupción de Donald Trump, que acá no se tomará en cuenta (Levitsky y Ziblatt, 2018). El libro se titula *Cómo mueren las democracias*, y en él, siguiendo tradiciones fuertes de ese subespacio académico en EE.UU. para explicar los males de la democracia, se construye como enemigo principal, la amenaza populista. Solo que ahora, Latinoamérica que era la encarnación de ese mal, parece personificarse bajo formas muy locales en su propio sistema político. Sistema político que era la referencia en los análisis, de algún modo más o menos evidente, siempre prescriptivos cuando se observaban las formas imperfectas de Brasil, Argentina, Bolivia, etc. La mirada sobre América Latina parecía así tener alguna impregnación de prejuicios etnocéntricos. Para incomodidad de los autores el análisis comparativo debe hacerse ahora tomando al propio territorio como caso significativo. Y aparecerán entonces nuevamente, como elemento explicativo central, los análisis conductuales para medir el autoritarismo. Esa medición de acuerdo a algunas categorías permitirá localizar los agujereamientos de una cultura de la tolerancia imprescindible para mantener una democracia. Entonces se podrá clasificar rápidamente en el medidor de pureza democrática quienes son los que expresan el mal mayor, que es, efectivamente, el del llamado populismo. Y entonces, esa ambigua e ineficiente categoría permitirá mezclas y afirmaciones como la siguiente: “Cuando líderes populistas ganan las elecciones, suelen asaltar las instituciones democráticas. En Latinoamérica, por ejemplo, de los quince presidentes elegidos en Bolivia, Ecuador, Perú y Venezuela entre 1990 y 2012, cinco eran populistas advenedizos: Alberto Fujimori, Hugo Chávez, Evo Morales, Lucio Gutiérrez y Rafael Correa. Y los cinco acabaron debilitando las instituciones democráticas” (Levitsky y Ziblatt, 2018: 31-32). En este tipo de análisis no hay corporaciones que tienen más poder de decisión que una mayoría electoral, no hay embajadas norteamericanas organizando campañas de desprestigio y promoviendo golpes, no hay preguntas sobre cómo la deseada cultura de la tolerancia se mantiene –al estilo Chile– solo con acuerdos de la clase política sobre distribuciones regresivas del ingreso y el acallamiento represivo de reclamos por modificarla. Y lo que sí hay en estos modelos como elemento explicativo importante, son individuos autoritarios (populistas adjetivados como advenedizos para reafirmar la impureza) que violan los límites de la institucionalidad republicana destruyendo la cultura de la tolerancia. Esta mirada es una verdadera doxa académica que circula por distintos espacios y hoy es también una de las muchas armas de la cultura predominante del capital financiero. Recurrir de esa forma a elementos culturales como explicativos de las fallas del sistema democrático en América Latina fue parte de un estilo de análisis con fuerte presencia en los análisis de la Sociología Política norteamericana de la posguerra. El análisis actitudinal de Lipset (1963), es un ejemplo, para medir el autoritarismo de la clase obrera (“agregados estadísticos de actitudes individuales” dirá Lipset). Aunque se valgan de la historia, y resulten más o menos sofisticados, se trata centralmente del uso de nociones de autoritarismo que parecen remitir a propensiones, a tendencias de una naturaleza humana. Variables, en fin, de tipo psicológico que, de algún modo, parecerían explicar lo que son hechos sociales. Para decirlo con Durkheim, hay en estos acercamientos el riesgo de confundir la causa con el efecto, en el hecho de no tratar a esas tendencias como naturaleza cultivada, como producto de la vida social.



capital por las clases trabajadoras y populares)– se constituirá sobre la base de lo que llamaré “cinco nuevos monopolios”. Monopolios en poder de los países de lo que denomina tríada dominante (EE.UU., Europa y Japón) que son: a) el control de la tecnología, b) los flujos financieros globales (a través de bancos, carteles de aseguradoras y fondos de pensión del centro), c) acceso a los recursos naturales del planeta, d) los medios de comunicación y, e) las armas de destrucción masiva (Amin, 2010). “Tomados en conjunto”, dirá Samir Amin, “estos cinco monopolios definen el marco dentro del cual la ley del valor globalizado se expresa a sí mismo. La ley del valor es escasamente la expresión de una ‘pura’ racionalidad económica que puede ser separada de su marco social y político” (Amin, 2010: 16). O más concretamente “lo económico se emancipa de la sumisión a lo político y se transforma en la instancia directamente dominante que comanda la reproducción y la evolución de la sociedad. De esta forma, la lógica de la mundialización capitalista es, ante todo, la del despliegue de esta dimensión económica a escala mundial y la sumisión de las instancias políticas e ideológicas a sus exigencias” (Amin, 2001: 16).

Son esas exigencias las que hacen que Charles Tilly se vea en la necesidad de reorganizar líneas básicas del tablero histórico para abordar el problema y su grave dimensión. A la vez que enumera elementos básicos para la existencia de una democracia, que es en verdad una democracia liberal inclusiva, reformista, hipotetiza sobre las consecuencias que traen los procesos de degradación de esos elementos básicos. Dice Tilly

Mi razonamiento es simple: la Democracia consiste en una relativa ampliación e igualdad de la ciudadanía, proporcionándole a los ciudadanos consultas obligatorias en lo concerniente a las políticas del estado y el personal del estado, así como también protección de la acción estatal arbitraria. En la medida que el estado se disuelve, también lo hace la ciudadanía, y en consecuencia, la democracia. El control de la autonomía del poder militar es una condición para la democracia; las coaliciones entre clases que involucren trabajadores constituyen condiciones altamente favorables; y una relativa igualdad, sumada a una redistribución, aparece como un importante estabilizador. Las grandes desigualdades del poder económico amenazan a la democracia porque otorgan incentivos y medios a minorías poderosas para subvertir los cuatro elementos de la democracia; por lo tanto, hacen que las coaliciones entre clases, y por tanto, las alianzas parciales entre los capitalistas y los trabajadores, sean menos esenciales para conducir los negocios públicos. En este sentido, el poder del trabajo organizado, representa y fomenta las políticas democráticas (Tilly, 1997: 48).

El escenario de la degradación extrema de formas democráticas relativamente inclusivas que tienen o tuvieron existencia real es planteado dramáticamente como una posibilidad fuerte:

Nuestro mundo va en dirección creciente hacia la desigualdad y la proletarización, en el sentido más simple de la palabra: más y más gente depende para su supervivencia de los salarios que recibe por el trabajo que lleva a cabo con el capital de otra gente. La globalización aumenta la proletarización y el incremento de la desigualdad a escala



mundial, y esto lo puede hacer también al interior de jurisdicciones de estados individuales. Si el trabajo no encuentra formas alternativas y efectivas de organización a nivel del capital internacional, uno de los grandes acontecimientos de nuestra era –la democratización incompleta– corre peligro de ser pisoteado por las nuevas oligarquías del capital (Tilly, 1997: 49).

Tomando en cuenta distintos aspectos de este proceso mundial es que Wolfgang Streeck (2014) se pregunta cómo terminará el capitalismo. Y sus hipótesis están muy lejos de los optimismos alternativos que, en verdad expresaban experiencias concretas, y se extendían por distintos movimientos rebeldes del planeta –e inclusive por estados del tercer mundo–, durante la larga década del sesenta. Su mirada hacia el futuro es sombría en relación al papel de fuerzas que expresen voluntad de construir formas que contemplen al conjunto de la sociedad través de la extensión de ciudadanía social, y realiza evaluaciones de cómo la fuerza predominante se impone en el presente y está alerta para dar batalla para despejar los obstáculos que se presenten en el camino:

Hasta ahora, la utopía política predominante en el neoliberalismo es una ‘democracia adaptada al mercado’, desprovista de poder de corrección del mismo y que apoye la redistribución ‘compatible con los incentivos’ desde abajo hacia arriba. Aunque ese proyecto está ya muy avanzado tanto en Europa Occidental como en Estados Unidos, sus promotores siguen preocupándose de que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, en un intento de última hora de bloquear el avance hacia una solución neoliberal de la crisis. Por consiguiente, no han disminuido en lo más mínimo las presiones de las elites a favor de la neutralización económica de la democracia igualitaria; en Europa, esto se lleva a cabo por medio de una reubicación permanente de la toma de decisiones político-económicas en las instituciones supranacionales como el Banco Central Europeo y las cumbres de los líderes gubernamentales (Streeck, 2014: 48).

Señalará, además, con pertinencia, un elemento fundamental que, extendido como sentido común en distintos sectores de la sociedad, es habilitador de este predominio cultural. Dice Streeck:

Un tema fundamental de la retórica antidemocrática actual es la crisis fiscal del Estado contemporáneo... El creciente endeudamiento público se achaca a la mayoría del electorado que vive por encima de sus posibilidades a base de aprovecharse del ‘fondo común’ de la sociedad, y a los políticos oportunistas que compran el apoyo de los votantes miopes con dinero que no tienen (Streeck, 2014: 44)

Una descripción reivindicadora de la noción de liberalismo político será central en la argumentación del sociólogo Immanuel Wallerstein, creador de la categoría sistema mundo, para formular su hipótesis sobre este fin de época. Wallerstein dirá que los defensores culturales de ese liberalismo



estaban seguros de su moderación, su sabiduría y su humanidad. Su postura iba a la vez en contra de un pasado arcaico de privilegio injustificado (que consideraban representado por la ideología conservadora) y una nivelación desenfrenada que no tomaba en cuenta la virtud ni el mérito (que según ellos era representada por la ideología socialista/radical) (Wallerstein, 1996: 10).

Y reafirmará que en esa perspectiva “el estado liberal —reformista, legalista y algo libertario— era el único estado capaz de asegurar la libertad” (Wallerstein, 1996: 10). Claro que Wallerstein, como buen sociólogo, atiende a las distancias que existen entre “el dicho y el hecho”, y por eso aclarará, como corolario a la descripción anterior, que “quizá eso fuera cierto para el grupo relativamente pequeño cuya libertad salvaguardaba, pero desdichadamente ese grupo nunca ha pasado de ser una minoría perpetuamente en vías de llegar a ser la totalidad” (Wallerstein, 1996: 10). Lo fundamental aquí es que a partir de este relativo rescate formula su hipótesis acerca de que “la caída de los comunismos no representa el éxito final del liberalismo como ideología sino la socavación definitiva de la capacidad de la ideología liberal para continuar su papel histórico” (Wallerstein, 1996: 11). Advertirá que “una versión de esta tesis está siendo defendida por los trogloditas de la derecha mundial...”, pero, no obstante, concluirá que muchos otros “simplemente están aterrados ante la inminente desintegración del orden mundial que, como correctamente perciben, está ocurriendo (Wallerstein, 1996: 11)¹⁶.

Cuando Streeck se refiere a la lucha de los sectores del capital financiero por evitar que las instituciones políticas heredadas del compromiso de posguerra puedan en algún momento volver a ser dominadas por mayorías populares, y expresa de algún modo a los otros autores, está pensando básicamente en la experiencia de algunos países occidentales centrales donde el par capitalismo democracia reformista liberal tuvo sus momentos de armonía y de brillo político cultural luego de la segunda guerra mundial. La lucha de la guerra fría convirtió además a esas experiencias en banderas con gran peso simbólico y, en los hechos, se consolidaron instituciones inclusivas y de participación política que beneficiaron a sectores de clases trabajadoras. Y aunque es verdad que esas instituciones comenzaron a debilitarse quizás menos visiblemente en la segunda mitad de la década del setenta, y con más contundencia a fines de los ochenta y en los años noventa, continúan teniendo peso concreto y reconocimiento. Claramente en países de Europa occidental en los que se habían implementado formas fuertes del estado de bienestar.

Porque las hipótesis acerca del concreto desgranamiento de las democracias reformistas liberales a manos de los vientos del capital financiero suponen implícitamente el dibujo de una pendiente no

¹⁶ En un reflexivo artículo (“La cuadratura del círculo”) el sociólogo alemán, devenido lord inglés, Ralf Dahrendorf (2006) expresa preocupaciones similares. La gran pregunta que se hace es ¿cómo se puede combinar “el aumento de la prosperidad con la cohesión social en condiciones de libertad política” (99)? Formula esa pregunta en el marco de las políticas de flexibilización y de reforma del estado de bienestar que, dirá, se constituyeron en “una presión para las estructuras democráticas de las sociedades libres” (Dahrendorf, 2006: 114). Afirmará que el “efecto más grande de los valores ligados a la flexibilidad, la eficiencia, la productividad, la competitividad y la rentabilidad es posiblemente la destrucción de los servicios públicos” (Dahrendorf, 2006: 114). El peligro que advierte son formas diversas de autoritarismos en tanto las “exigencias de la competencia global combinadas con la desintegración social no son propicias para la libertad”. (Dahrendorf, 2006: 116). Hay un llamado, al fin, con un tono que lo reconoce como parte de la generación de demócratas liberales antifascistas y que al mundo latinoamericano hoy puede resultarle ingenuo en cuanto a la posible recepción productiva de ese llamado, a reivindicar los valores europeos como sinónimo de valores democráticos y a no perder de vista lo que considera la naturaleza universal del proyecto.



pronunciada que se expresa, por supuesto, en cambios políticos y económicos estructurales, pero, lo que es más relevante en términos culturales, sobre todo, en una progresiva acumulación de descreencias de la población fragmentada que no puede encontrar contención en las viejas instituciones organizadoras del mundo del trabajo y de la representación política, junto a la consolidación de una burocracia política desvitalizada, una superestructura política vaciada de representación sostenida en relaciones de fuerza, en principio productoras predominantemente de violencia simbólica implícita en la violencia de políticas excluyentes hacia distintos sectores. No obstante, es verdad que la legitimidad de la cuestión democrática asociada a la inclusión social en esas sociedades de países centrales luego del 45 se convirtió en una marca cultural fuerte que pudo haber tenido algún machucón, pero estuvo lejos de ser puesta al borde del abismo por la radicalización de los años sesenta como ocurrió con los capitalismos dependientes que entre dictadura y dictadura implementaban proyectos incompletos e intermitentes de democracia en América Latina. Y allí entonces surge alguna preocupación, atenuada por la fragmentación político cultural del mundo de los oprimidos, de las políticas predominantes con la posibilidad de revitalización a través de la intervención de mayorías populares, de lo que Streeck (2014) llama instituciones del compromiso de posguerra.

III

La manera en que este proceso post 45 se vivió en América Latina tuvo sus diferencias porque las condiciones de reacomodamiento de la economía internacional afianzaban algunas experiencias de modernización económica y social que no necesariamente se encontraban con el ideal democrático liberal promovido por la mirada predominante. Los nuevos organismos regionales promotores de lo que se llamaba el desarrollo comenzaban a actuar, valiéndose de una tecnocracia moderna y modernizadora, realizando diagnósticos y haciendo propuestas a experiencias que no resultasen disonantes políticamente con las miradas sostenidas por EEUU que sin lugar a dudas se había consolidado como una potencia imperial. Las promesas de esos organismos promotores del desarrollo y de las políticas internacionales de las que resultaban deudores, relativas a adosar a las propuestas de “despegue” económico formas democráticas, no se realizarían sino intermitentemente y de manera parcial. El triunfo de la revolución cubana luego de sus primeros años celebrados por el establishment político de las tres Américas, se convertiría, para el país con más fuerza política de ese establishment convertido en actor protagónico de la guerra fría, en un ejemplo negativo a combatir en sí misma y en sus influencias. Concretamente, serían las fuerzas militares de los distintos estados nacionales, travestidas en partido militar, las que actuarían como guardias pretorianas del imperio para corregir los desbordes de participación política que apuntaban a lograr cambios en esas sociedades. No ya las democracias reformistas, sino la mera institucionalidad política democrática era lo que estaba en cuestión, y directamente se cercenaba.

La nostalgia entonces, por un momento armonioso entre capitalismo y reformismo democrático liberal, no existe en América Latina. No hay una legitimidad fuerte que pueda seguir pesando en el presente. Sí



hay memoria de experiencias modernizadoras en términos económicos, sociales y políticos que pueden ser equiparables, como fue el primer peronismo en Argentina, pero que se implementan en disonancia con el ideal democrático liberal. Son, sin lugar a dudas experiencias de integración de las mayorías populares. Más allá de que esa fuerza política resultase electa por voto democrático, que haya implementado de manera pionera el voto femenino, o que posibilite una reforma de la constitución mediante asamblea constituyente, con propuestas claramente innovadoras, y que además produjese una modernización de la legislación laboral y del sistema previsional a “la altura de los tiempos”, generaba importantes desconfianzas de las distintas perspectivas políticas que desde muy distintos lugares habían conformado un frente político cultural antifascista. Efectivamente, este proceso político, que ocurría en el marco de una economía con casi inexistente tasa de desempleo, con un acceso a la población obrera a formas de vida modernas con cobertura pública de salud y educación, y acceso a ofertas de la industria cultural que crecía arrolladoramente, se presentaba de la mano de un liderazgo carismático encarnado en un militar con gestos nacionalistas, que ligaba los sindicatos al partido de gobierno, que hablaba de formas de representación corporativa, y que en sus muy heterogéneas alianzas incluían en lugares significativos culturalmente como el mundo universitario a algunos compañeros de ruta ligados a la derecha filofascista. La mayoría de las fuerzas políticas y culturales que se veían como herederas del racionalismo ilustrado, activadas en principio en el 36 y claramente en el 39 a partir de la experiencia antifascista, participan con distinta intensidad de la oposición que definía al gobierno como antidemocrático, y decididamente en el golpe que derrocará al segundo gobierno de Perón en 1955.

Pero luego de 1955 no llegará la democracia liberal. Habrá dos ensayos en las que la competencia electoral excluía a la segunda fuerza política más importante del país y de todos modos cada una de ellas culminará con golpe de estado. La apertura de 1973 que abrirá el juego al peronismo y permitirá un triunfo contundente en ese año, culminará dramáticamente con el golpe de estado de marzo de 1976. Y allí tendrá lugar la experiencia dictatorial que se propuso aniquilar a los adherentes de las distintas fuerzas que con intensidades diferentes compartían una mirada cuestionadora del orden económico social y político. Esa dictadura dejará marcas significativas en la cultura política del país en tanto se produjo una derrota no solo de las fuerzas más dinámicas implicadas en las apuestas de cambio, sino que desgranó el espíritu de cambio que se había extendido por distintos espacios sociales durante la larga década del sesenta. Como es sabido, por distintos y complejos motivos, entre los que pueden mencionarse la resistencia de los revolucionarios civiles, la incansable lucha de los organismos de derechos humanos y la derrota argentina en la guerra de Malvinas, se produjo un extraordinario desprestigio del gobierno militar que debió acceder al establecimiento de un sistema democrático en la Argentina en el año 1983.

IV

Entonces no hay un momento ideal post 45, pero sí hay características muy particulares de la sociedad argentina y de la democracia refundada en 1983 que la convierten en un observatorio privilegiado en los



desarrollos de la tensión entre la fuerza político cultural predominante que expresa al capital financiero internacional y la difícil posibilidad de sobrevivencia de una democracia liberal reformista con voluntad de integración de los distintos sectores de la sociedad.

Porque por más que los partidos estén deteriorados y deshilachados en relación a sus banderas tradicionales, por más que los sindicatos estén desprestigiados y se haya reducido su poder objetivo por el achicamiento de la fuerza de trabajo obrera formal, por más que el desmembramiento del estado argentino realizado en la década del 90 le haya quitado capacidad de negociación, hay en la experiencia de esta sociedad una sensibilidad conformada históricamente que entre otras maneras de actualización puede adquirir formas que resulten en verdaderos obstáculos a la oleada internacional –sin lugar a dudas con mayor capacidad de acción en las periferias– de destrucción de los sueños de una democracia igualitaria. Se trata de una memoria de integración social, específicamente de un sentimiento igualitario presente en la sociedad argentina distribuido por distintos sectores sociales, seguramente de manera diferencial.

Sensibilidad, sentimiento, no creencia sistemática y formal, tampoco concepción del mundo y menos ideología, sino el resultado de una experiencia práctica productora de disposiciones, de esquemas generadores a su vez de prácticas que no tienen necesidad de acceder a la conciencia para actualizarse (Bourdieu, 2013). Como efectivamente dirá Bourdieu al describir aspectos de su teoría de la acción disposicional: las disposiciones pueden funcionar más allá de la conciencia y la voluntad y no están sostenidas necesariamente en intenciones explícitas, que generan conductas ordenadas sin principio explícito de ordenación (Bourdieu, 2013). Que sin lugar a dudas son un producto histórico cultural y no producto de una subjetividad etérea. No son elementos en emergencia que no se han conformado todavía en una visión sistemática producto de actuar en un momento primigenio. Son elementos que pueden permanecer relativamente en el tiempo sin convertirse en una creencia orgánica, aunque actualizándose de distintas maneras y probablemente incorporándose a distintos sistemas de creencias de acuerdo a los momentos y a determinadas circunstancias analizables solo tomando en cuenta los casos específicos.

La hipótesis que acá se sostiene está dividida en dos partes. La primera afirma que en la sociedad argentina en un quizás no tan largo camino de hace más de cien años, a través de distintas experiencias históricas que resultan de un significativo proceso de movilidades sociales ascendentes, se generó, efectivamente, asociado a una compleja memoria de integración, un elemento cultural potente, enérgico, vigoroso, que marcó a fuego a distintas generaciones, que puede llamarse sentimiento igualitario. La segunda, que ese sentimiento, como se ha dicho, puede actualizarse desde distintos sectores sociales integrado a distintas miradas políticas ideológicas o culturales de acuerdo a circunstancias históricas.

Bien puede integrarse a las visiones con predominio en el mundo contemporáneo, expresadas en la cultura del capital financiero, por ejemplo, cuando las políticas económicas habiliten o generen la expectativa de la permanencia en actividades integradas a una porción significativa de sectores medios y medios bajos. Bien, cuando eso no suceda, cuando, como en la experiencia del gobierno argentino que presidió Mauricio Macri, el resultado de las políticas suponga la restricción de consumos básicos para ese



mundo integrado no dominante, ese sentimiento igualitario se percibirá humillado. Es que este sentimiento igualitario es deudor tanto de la noción de individuo liberal ilustrada, como de la que tensa la anterior por abstracta y deshistorizada, que es la romántica y se manifiesta en prácticas sociales incorporadas a una mochila cultural, a un sistema de disposiciones que conformaron y habilitaron experiencias históricas concretas.

Por un lado, entonces, la noción del individuo libre e igual a los demás, propietario de sí mismo y de los frutos de su trabajo, hecho sensibilidad práctica en la convicción de que es posible el progreso personal a través del esfuerzo y que esto supone- con un afianzamiento poderoso durante la experiencia del primer peronismo- el derecho del individuo a vivir bien, con dignidad. Lo que quiere decir vivir como esa experiencia histórica ha enseñado que pueden vivir las personas que vienen de abajo y se esfuerzan: acceso a buena vivienda y a los elementos que permitan el bienestar dentro de ella, a la salud y a la educación propia y de los hijos, al retiro que permita el recorrido autónomo y con la frente alta del último tramo de la vida

Pero por otro lado también, la reivindicación, claramente romántica, de la singularidad creativa que puede plantarse frente al mundo. En la historia de esta sociedad –y esto es fundamental– asentado en distintos motivos, hay una desconfianza, tempranamente conformada, hacia las instituciones y hacia la autoridad. Hacia todo tipo de autoridad. Y hay que reafirmar el término de la desconfianza porque es un elemento que puede tener permanencia, a diferencia de la rebelión. La desconfianza no implica el alzarse contra la autoridad, aunque pueda ser un elemento que bajo determinadas condiciones la habilite. Supone moverse en unos marcos institucionales, tanto del mundo público como del privado, y casi siempre considerarlos con cierta distancia, con la relativa sospecha de que “la cosa no es como la pintan”. Y claro, un sentimiento de estas características no encuentra favorables condiciones de existencia en los sistemas de dominación eficientes.

Condiciones que sí, y de distintos modos, se presentaron en esta sociedad y produjeron el sentimiento igualitario. Algunas de estas condiciones son las relativas a determinaciones sociales concretas y a elementos culturales surgidos en el marco de esas mismas determinaciones que habilitaron ese sentimiento. La situación inmigratoria y un tipo de economía agrícola ganadera e incipientemente industrial, que conformaba fuertes y nuevas clases obreras. Las poderosas ofertas políticas reivindicadoras de los oprimidos que incentivaban su participación. Las elites con más circulación de la que imaginaba Pareto y, por diversos motivos, incapaces de mostrarse al resto de la sociedad como claramente superiores. Una extraordinaria fortaleza temprana de las instituciones educativas y en menor grado de la salud pública. La reafirmación de estas estructuras institucionales públicas en el primer peronismo. Una gran debilidad de instituciones políticas. Y verdaderos símbolos culturales –que cumplieron un papel relevante como elemento fundante de la nación moderna– como la indiscutible obra literaria nacional contenedora de la célebre escena en la que un sargento de la policía rural –puesto en los términos de un comentarista ilustre–: “gritó que no iba a consentir el delito de que se matara a un valiente y se puso a pelear contra sus soldados, junto al desertor Martín Fierro”. O si se quiere, murmullos



sociales que sobrevivieron literalmente quizás hasta fines de los sesenta, observables en algún ex obrero peronizado y ascendido socialmente, que podía experimentar un respeto hondo, aunque medido en la expresión, al escuchar que se mentaba el nombre de Simón Radowitzky, el jovencito vindicador de la cruenta represión en la Plaza Lorea. La autoridad, en fin, descalificada y confrontada, en tanto marca estampada en la historia cultural de la sociedad, como un hilo significativo en el tejido del sentimiento igualitario.

V

Sentimiento igualitario que, en tanto disposiciones que conforman un complejo humus de elementos culturales, se actualiza de acuerdo a los sectores sociales, de diversas maneras articulándose a distintas miradas más estructuradas. No necesariamente se integra a una identidad colectiva y tampoco implica una fraternidad universalista. Es el que habilita al agente social para, por decirlo coloquialmente, no sentirse menos que nadie, resultado de la memoria de una sociedad integrada de movilidad social ascendente. Cuando ese proceso se quiebra, los sectores que quedan del lado de la integración pueden actualizar este sentimiento igualitario como un recurso fuertemente diferenciador. Elementos diferenciadores que forman parte de las culturas de movilidad social ascendente (“Si el consumo eléctrico es barato, es porque es un subsidio a los que no se esfuerzan. Yo puedo pagar la luz y no quiero que subsidien a los que no se esfuerzan”). Quizás pueda justificar, este razonamiento, la arbitrariedad policial en defensa de lo conseguido con ese esfuerzo propio. Y habilitando el componente de descreencia en las instituciones se puede mirar para el costado si el integrado ganador es un “pícaro” de la llamada “patria contratista” (empresas proveedoras del estado) cuyo grupo se ha enriquecido esquilmando al estado, y no conmoverse demasiado con los ladrones de guante cada vez menos blanco del mundo financiero. O tolerar el mamarracho de un ministro de economía cuando dijo que tenía sus fondos en el exterior porque no confiaba en el país, y que su casa lujosa figure en catastro como un baldío. Porque, al fin y al cabo, como piensa Don Quijote “allá se lo haya cada uno con su pecado”. Solo que aquí restringiéndolo al mundo de la sociedad integrada. Porque si el castigo que implementan los que gobiernan –a la vez que usan esa posición para beneficio propio– se dirige al otro estigmatizado –el no integrado redibujado infinitamente por estrategias planificadas y movimientos espontáneos de los medios de comunicación como sujetos sin voluntad de integración–, las cosas marchan bien. Pero adquiere otro sentido cuando se comienza a percibir que se está castigando el propio esfuerzo individual, y no solo eso, sino la entera cultura del esfuerzo propio de los que no están en el reducido podio de los ganadores.

Los resultados de una especie de primarias, las elecciones llamadas PASO en Argentina realizadas en agosto de 2019, sorprendieron a los sectores de la clase política perjudicados, pero también a los beneficiados. Y, lo que quizás sea menos extraño, también a muchos especialistas en temas electorales. Es que la asociación política que gobernaba implementadora de políticas de exclusión, producto de una apertura desordenada de la economía y absolutamente compatible con el clima internacional



predominante, se había convertido en un modelo para el neoliberalismo de las periferias. Había logrado disciplinar con políticas de ajuste a una sociedad con altos niveles de población alfabetizada y con una experiencia histórica de integración. Las técnicas de manipulación de las conductas humanas con fines de lograr adhesión en amplias poblaciones castigadas por quienes continuaban logrando esa adhesión, entusiasmaron al establishment imaginando que por fin se conseguiría un modelo chileno. Las corporaciones internacionales, distintos organismos internacionales y el propio gobierno norteamericano participaron con distinto interés de ese entusiasmo. La cuestión es que a partir de este hecho electoral simbólico surgen distintas evaluaciones que toman en cuenta las virtudes y los defectos de las distintas campañas, las acciones de los políticos implicados y sus maniobras exitosas o fracasadas, el surgimiento de algún carisma inesperado, los límites de la política imaginada como campaña de venta de productos, etc. Y, por supuesto, un papel estelar en las explicaciones les corresponde a las políticas económicas, calificadas hacia el fin del mandato del presidente Macri, cada vez por más sectores, como catastróficas. Cada uno de estos elementos puede, y quizás deba, ser puesto sobre la mesa de análisis y seguramente sin descartar ninguno y acentuando alguno de ellos de acuerdo a la perspectiva. Así se podrá decir algo sobre lo ocurrido. No obstante, quizás éste sea el hecho más significativo no atendido por el mundo de la ingeniería electoral que, en el marco de la crisis de las identidades políticas tradicionales y la fragmentación sociocultural, y por la sobrevaloración de las técnicas de manipulación humana sostenidas en esa fragmentación, y ante al deber de trabajar sobre el inmediatez, ignora la posibilidad de formular hipótesis acerca de complejas persistencias culturales como el llamado aquí sentimiento igualitario que, muy probablemente, cumplió un papel significativo produciendo esa respuesta electoral.

El que estaba señalando al otro inferior percibe por experiencia práctica que él, junto a muchos, es, para ese reducido podio de ganadores, el otro inferior, un sujeto sin voluntad de integración, un perdedor, un fracasado. Y allí lo que era percibido como picaresca o mera retórica se transforma en ofensa, en humillación. Lo que cuentan que dijo un economista CEO del equipo de gobierno, en momentos en que era presidente Mauricio Macri y se debatía una reforma previsional, acerca de que una persona jubilada de 70 años que cobra 12000 pesos recoge lo que siembra –“vivió como un fracasado, cobra como un fracasado”– podría ser la bandera que flamee expresando claramente la cultura del capital financiero. Pero es también la distancia que separa una cultura salvaje de ganadores y perdedores de la memoria de una sociedad integrada de movilidad social ascendente sobre la que se construye ese sentimiento igualitario. Es un límite significativo ante los avances de democracias sostenidas en técnicas de manipulación glorificadoras del big data, vaciadas de representación popular. Porque es posible que ese sentimiento, resultado de una sistemática acción político cultural, se actualice bajo la forma de estigmatización del otro inferior excluido, en tanto esa mirada predominante lo construye como sujeto sin voluntad de integración, pero se niega a hacerse cuerpo en una mirada que humille a los que de hecho son parte, quizás la más castigada, de la memoria de una sociedad integrada. Ocurre en tanto las políticas del capital financiero se presentan en los hechos, más allá de los discursos publicitarios, crudamente transparentes, y habilitan la posibilidad de percibir como un despojo el desgranamiento de instituciones



y de los agentes del viejo orden en vías de desmantelamiento, como así también las prácticas de solidaridad y de asistencia que proponían.

VI

Y es quizás también una de las posibilidades de actualización del sentimiento igualitario entrelazado íntimamente, en este caso, con su elemento romántico que desconfía de todas las formas de autoridad, el que se despliega en toda su intensidad en la heroica experiencia de las Madres de Plaza de Mayo (que se imbricaba con la resistencia de los revolucionarios civiles que continuaba en una situación de adversidad) y de algún modo también en la recepción sensible que esa experiencia tuvo en amplios y variados sectores de la sociedad argentina conformando un ambiguo y a la vez fuerte algo en común. La escena es conocida y forma parte de los hechos significativos de la historia mundial reciente, pero valga la construcción de otro pequeño relato para contribuir a la argumentación: un puñado de mujeres en una extraordinaria situación de desprotección caminan con sus pañuelos blancos, giran en torno a un símbolo de la república, reclamando por sus hijos. Pisan con decisión y seguramente con miedo, ni más ni menos que el ágora central del país. Están allí frente a los edificios que albergan el poder revalorizando, un símbolo de la república en momentos en que ésta es arrasada. El caminar de esos cuerpos que el sentido común imagina frágiles es de hecho un desafío osado a la autoridad arbitraria y todopoderosa. A un estado que en su accionar clandestino secuestra y mata a tres de las fundadoras. Ellas, así y todo, continúan sus rondas. Atropelladas por los caballos de la guardia de infantería, estigmatizadas por sectores de la prensa, continúan sus rondas, sus luchas: con persistencia, con obcecación, con valentía.

Esa práctica, esa mirada sensible de las madres produce el encuentro entre sentimientos comunes preideológicos latentes en distintos sectores de la sociedad aluvional. Sentimientos igualitarios que reivindican a los Davides que se animan frente a los todopoderosos Goliaths, y de algún modo, irremediamente ligado a la experiencia de esas mujeres, se actualizan construyendo un piso de moral común de rechazo a la arbitrariedad y barbarie estatal. Una moral que progresivamente se tornó radicalmente confrontativa denunciando aquellas formas que los teóricos de la guerra antisubversiva habían impuesto y un sector significativo del mundo dirigencial había aceptado como práctica habitual: el secuestro y cautiverio en condiciones de clandestinidad, la tortura en diversas formas, el abuso sexual, el trabajo en condiciones de sumisión y, en el caso argentino, el intento de abolir el pasado desapareciendo los cuerpos y quitando la identidad a los hijos de los revolucionarios civiles secuestrados y desaparecidos. Y es ese papel civilizatorio de hacer ver la barbarie estatal como formas nefastas de la condición humana es el que permitió construir algo así como un humus potencialmente habilitador de significativas experiencias institucionales de la nueva democracia. Porque no es posible imaginar el extraordinario, y sin lugar a dudas extemporáneo, ritual republicano de juicio y condena a las juntas militares de la dictadura responsables de una represión perversa e ilegal sin ese humus poderoso construido a partir de la heroica lucha de las Madres de Plaza de Mayo. Es posible sostener, si se quiere atender más que a las



reglas visibles y escritas, a los elementos profundos que construyen un algo en común en las sociedades, que el pacto democrático de fondo en un país que despliega casi abrumadoramente características anómicas en diversas áreas relevantes del orden institucional se sostiene en tanto se mantenga viva esa sensibilidad.

No es que haya que subestimar variables más visibles para explicar un hecho singular como el juicio a las juntas. Sin lugar a dudas, la experiencia frustrada de Malvinas y el comportamiento indecoroso en la derrota de la dirigencia de las fuerzas armadas y de sus publicistas en los medios de comunicación generaron un desprestigio fuerte del partido militar. Es cierto que existían claras políticas de la potencia imperial para establecer algún tipo de democracia liberal presentable a los ojos del mundo occidental, luego de haber participado activamente en la guerra contra la insurgencia en toda América Latina. Y que en esos mismos gestos, y en otras medidas, estaba la intención de atenuar la indignación que los métodos empleados habían generado en distintas democracias europeas con capacidad de imponer una voz a nivel internacional. Es verdad que la dictadura argentina había actuado asesinando a algunos ciudadanos que fueron funcionarios del propio gobierno militar, o asesinando y/o robando propiedades a empresarios con fines estrictamente económicos. Y eso, aunque se tratase de una minoría, cumplía un papel simbólico importante en la descalificación pública de los dirigentes de la dictadura. También es bueno reconocer que, en el marco de esa habilitación, los dos grandes partidos de la Argentina se habían revitalizado, y organizaban actos realmente masivos. Sin lugar a dudas en amplios sectores de la sociedad había un entusiasmo por la “llegada de la democracia”.

Pero es verdad también que en la propuesta de uno de los dos partidos mayoritarios estaba el indulto como un recurso necesario, algo que seguramente compartía una gran parte de la dirigencia política convencional que se aprestaba a volver al ruedo. La necesidad de encontrar una “sustentabilidad” de esa democracia que podía seguir siendo percibida como débil no habilitaba confrontaciones disruptivas con los poderes reales. Esa democracia que se estaba por inaugurar era, en algún aspecto, más que el resultado de un avance, de dos retrocesos: el relativo a la derrota de los movimientos revolucionarios que la cuestionaban y el creciente desprestigio del partido militar que la custodiaba. Había entusiasmo, pero también un clima de mesura política rodeado por los miedos que advertían sobre los peligros de dar pasos de confrontación con los poderes. Y el poder militar no era, o, por lo menos en ese momento no parecía, subestimable. La experiencia uruguaya de impunidad a los miembros de la cúpula militar, y la transición chilena, en la que el dictador Pinochet siguió teniendo un papel relevante, dicen bastante de cómo se resolvía la sustentabilidad de la democracia en la región.

Hechos como el juicio a las juntas no se construyen con la mesura de la clase política de entonces, sino sobre un clima en el que tienen que existir agentes sociales que sean o hayan sido capaces de patear el tablero. Las madres (madres de revolucionarios al fin) patearon el tablero en momentos en que el tablero estaba fuertemente abulonado, en el que las cosas “eran así” y no se cuestionaban. Barrington Moore en un reflexivo trabajo sobre las bases sociales de la obediencia y la rebelión se preguntaba, “En todos los momentos de estos complejos procesos, los individuos concretos tienen que actuar y, de cierta manera



lo hacen. ¿Qué es lo que les da el coraje para romper parcial o totalmente con el orden social y cultural en el que están insertos?” (1996: 97). Y advertía:

La respuesta del sentido común es que el dolor de sufrir termina por provocar, tarde o temprano, un acto de desesperación; pero ésta no es una respuesta muy satisfactoria, ya que por sí mismos el dolor y el sufrimiento no proporcionaban una explicación adecuada...Las respuestas más fáciles pueden ser la autonomía moral o la fuerza moral, pero ninguno de estos dos es un concepto satisfactorio (Moore, 1996).

Claro, no son satisfactorios en abstracto, pero sí si es posible preguntarse de dónde surge esa fuerza moral. Porque las madres patearon el tablero por las circunstancias dramáticas en las que las puso la historia y sin lugar a dudas construyeron una experiencia singular, pero sus acciones no estuvieron iluminadas por un rayo divino. Eran mujeres comunes que hicieron su propia historia bajo circunstancias con la que se encontraron, actualizando sensibilidades que históricamente se conformaron en esta sociedad y que se han mencionado. Y es necesario insistir entonces que esa experiencia singular se arma con recursos que no necesariamente son recursos explícitos, sino sistemas de disposiciones, esquemas generadores de prácticas que no tienen necesidad de acceder a la conciencia para funcionar y que son el resultado de experiencias colectivas realizadas en la historia de la sociedad (Bourdieu, 2013). Allí el sentimiento igualitario en su aspecto romántico antiautoritario, como un elemento potente de la sociedad argentina, cuya manifestación más reciente estaba cercana y era la de miles de jóvenes dispuestos a alzarse en armas contra el orden que consideraban injusto, es entonces uno de esos recursos significativos a considerar en la activación de esta experiencia de las madres.

La relación de empatía que, de modo creciente, esta experiencia entabló con sectores más amplios de la sociedad, puede ser entendida como un encuentro entre sensibilidades relativamente comunes. Sensibilidades comunes que se actualizan quizás cotidianamente de distintas maneras, y ahora lo hacen como parte de una forma que, en un sentido más débil, puede ser nombrada como colectiva. Si la comunicación, cuando esta se da, entre una obra de arte y los espectadores, es para Bourdieu, “una comunicación entre inconscientes, mucho más que una comunicación de conciencias” (Bourdieu, 2013: 14), es posible sostener que esta empatía entre la experiencia de las madres y amplios sectores de la sociedad tienen ese mismo carácter en lo que hace a las zonas más fuertes, sentimentales, de esa comunicación. Lo que no quiere decir que en este encuentro no existan elementos reflexivos, consientes, argumentaciones que expliquen las propias acciones de la experiencia, y sectores implicados conmovidos por esas acciones que recurran a herramientas culturales e ideológicas para dar cuenta de las características y acaso los motivos de esa situación de conmoción. Lo que acá se sostiene es que ese elemento cultural, que no necesariamente está puesto en la mesa de la reflexión por los propios actores, que es el sentimiento igualitario antiautoritario, juega acá un papel significativo y que no es una mera abstracción, sino que, como se argumentó, es una sensibilidad conformada históricamente y extendida como tal por distintos espacios sociales de la sociedad argentina.



VII

Los análisis sobre las formas que adquiere la cultura del capital financiero en el presente dan cuenta del predominio de la sumisión de lo político a lo económico. De una filosofía política a lo von Hayek que puede realizarse sin complejos de culpa demócratas liberales en la dictadura de Augusto Pinochet. De una idea, en fin, que no toma en consideración a la especie humana como tal, y por lo tanto, en función de una moral darwiniana de la sobrevivencia de los mejores, naturaliza diferentes tipos de acciones que, desde las más brutales hasta las más aquietadas, pueden considerarse actos de inhumanidad.

Y es claro que eso puede realizarse bajo formas transparentes y crueles en que la lógica económica del capital financiero arrasa con todo, como lo describe Mbembe en algunas regiones de África, o bajo las propuestas que se proponen transformar las democracias en democracias adaptadas al mercado y sin capacidad de intervención sobre él, vaciadas de representación política, o que se presenten bajo ilusiones de representación en la atención intermitente a algunas de las demandas de diversos grupos fragmentados. Propuestas acompañadas de acciones decididas a reducir el gasto fiscal todo lo posible, a desfinanciar los programas e instituciones del “viejo Orden” dirigidos a los grupos considerados improductivos (pensionados, discapacitados, desocupados, enfermos terminales sin poder económico, etc.), y a deteriorar hasta destruir formas organizacionales que puedan restituir la presencia de colectivos sociales.

En América Latina, por diversas razones a analizar, en las que probablemente se combinan tanto fortalezas y debilidades internas del país en la realización concreta de las relaciones de dominación históricas, como la manera en que ellas repercuten en zonas del mundo con capacidad de transformar hechos en noticias, las formas de intervención de la revolución neoconservadora son diferentes. De hecho, como nunca la hubo, no hay sutileza con Haití. Y tampoco la hay con Honduras. Quizás la expectativa es que podría haberla en algunos países del cono sur, a menos que uno de los líderes regionales como Brasil, aun en el marco de aplicación de políticas económicas no tan disonantes con las predominantes ligadas al capital financiero, genere interrupciones políticas como las que supusieron su inclusión en uno de los grupos que habilitaban y reivindicaban la multipolaridad. El llamado *lawfare*, concepto tomado en principio del mundo militar norteamericano que lo definía como “un método de guerra no convencional en el que la ley es usada como un medio para conseguir un objetivo militar” (Holzer, 2012: 2), se extendió a las estrategias de la lucha política internacional, y es así que, a través de la financiación y capacitación de agentes locales, se despliegan verdaderas campañas en asociación con los medios de comunicación de masas. La forma agresiva que adquirió este procedimiento en Brasil, con el desarme del grupo Odebrecht, el encarcelamiento arbitrario del presidente Da Silva y la destitución impresentable de Rouseff y, sobre todo, la habilitación a actuar impunemente a partir de la pura relación de fuerzas favorables de algunos profesionales del poder judicial convertidos en figuras públicas positivas por los medios de comunicación, hizo que esos profesionales perdieran todo pudor y no se hayan cuidado en sus maniobras manipulatorias, y por ello estén apareciendo a la luz pública sus comportamientos venales y, así también, las lógicas



implementadas, los aspectos ocultos detrás del procedimiento visible presentado como una apuesta jurídica purificadora de la corrupción. Procedimiento que, al fin, desde este momento debe ser considerado en los análisis políticos como un recurso fundamental de la acción política de los establishment locales subordinados por la fuerza de la lógica imperial.

VIII

La pregunta entonces es cuáles son los grados de libertad de fuerzas políticas, las que realmente pueden ganar una batalla electoral y tienen una mirada diferente a la fuerza cultural predominante que expresa las lógicas del capital financiero, para implementar un programa moderado de relativa reorganización de la economía que efectivamente resulte en una sociedad más inclusiva en el marco de la fuerza arrolladora de esa cultura predominante. Es pertinente la pregunta para las asociaciones políticas con herencias distintas de centro izquierda en general, pero particularmente aquí se atiende a la experiencia argentina porque, como se ha dicho, se presenta la particularidad de una historia de integración y de movilidad social ascendente y, a la vez, en las últimas décadas, de grandes vaivenes en el marco de esas políticas internacionales detentadoras y promotoras agresivas de políticas relacionadas con la cultura del capital financiero. Políticas que, en este caso, han agujereado y directamente disuelto instituciones que de distinta manera le daban sustento a una sociedad integrada. En la historia reciente esas políticas han sido, en momentos particulares, fuertemente cuestionadas, y ha habido entonces intentos de recuperación en el marco de las debilidades estructurales dejadas por esas políticas agresivas. Intentos de recuperación que se sustentan en la memoria de esa sociedad integrada, que se expresa en lo que aquí se llamó un sentimiento igualitario. Sentimiento asentado, en verdad, en distintos momentos en franjas similares del electorado con distintos sentidos, que habilitan tanto a lograr empatía con la reelección de gobiernos kirchneristas, como adosarse a la ilusión republicana del macrismo, hasta que se transparenta que esta experiencia de gobierno quiebra la promesa de integración y de paso también la de la república. Y allí nuevamente la expectativa con un proyecto de integración que, en el marco de la debilidad estructural e ideológica, parece que no le queda otra opción que presentarse –y quizás realizarse– como un proyecto moderado.

La pregunta más concreta entonces es qué significa esa apuesta moderada por la integración y relacionada a ésta, si esa apuesta, aunque moderada, tiene condiciones favorables para transformarse en una experiencia estable, si se cuenta con relaciones de fuerza, sino favorables, por lo menos que puedan dar pelea digna para la construcción de un proyecto que tal como se propone en el mejor de los casos es una democracia con un estado, ya no de bienestar, sino subsidiario, en el marco de un capitalismo renano (Albert, 1993). La apuesta moderada por la integración social es descrita claramente por un dirigente político cultural relativamente joven que participa de los grupos de intelectuales que acompañaron al presidente Alberto Fernández en su campaña y en el gobierno. No hay posibilidad de integración fuerte de un 25% o 30% de la población tal como están las cosas a nivel internacional en estos tiempos, dijo. Lo



afirmaba, claro, con una seguridad comprensiva asentada en las acciones de ayuda que implementaría un gobierno progresista, y a la par, estimaba que era posible integrar a un mundo productivo a otros sectores de la población que habían sido castigados. Quizás no sea fácil proponer un acuerdo explícito con lo dicho, por los distintos compañeros de ruta de quien esto afirmaba, y nadie firmaría una declaración con ese diagnóstico, pero es una sensación que está muy presente en el sentido común progresista de la época que piensa en lo mejor dentro de lo posible. Y, por supuesto, que para lo inmediato no existe otra forma de actuar que no sea sobre el estado de cosas, reconociéndolo como tal.

El problema es que no hay proyectos a mediano, y menos a largo plazo, porque en verdad lo que se despliegan son un cúmulo de actitudes defensivas. Actitudes defensivas de quienes tienen, en el mejor de los casos, un contundente respaldo electoral, pero que, producto de la disgregación de las asociaciones políticas tradicionales, no cuentan con un partido organizado. Pueden recibir el apoyo (no orgánico) de movimientos populares fragmentados, apoyos retóricos de organizaciones obreras debilitadas por la reducción del mercado de trabajo y por la crisis de las grandes identidades políticas. Por supuesto, pueden valerse de los cada vez más débiles recursos económicos, dilapidados en la década del 90, de un estado que por ello ha perdido capacidad de negociación. Y lo que es fundamental, no solo que no existen o están debilitadas, no hay propuestas concretas para que distintas organizaciones de la sociedad sean activadas por medio de debates que planteen los obstáculos posibles y la necesidad de resistencia, implicándolas en un proyecto colectivo. Porque la existencia de movilizaciones y de actos en torno a una propuesta ambiguamente común no necesariamente supone la construcción de una opinión colectiva, que es la que incorpora fuerza política al sistema de relaciones de fuerza.

Bourdieu debatiendo con las formas liberales de representación afirmará que “la agregación de estrategias y de actos individuales no es colectiva” (2000: 26). En ese caso, dirá, “los agentes están doblemente desposeídos del dominio de sus opiniones. En efecto, no siempre tienen los medios para producir una opinión conforme a sus intereses. Las condiciones de producción de la opinión como discurso no están igualmente repartidas” (Bourdieu, 2000: 26). Y reforzará sosteniendo que el principio esencial y el mejor escondido de la desposesión que implica este tipo de relación

reside en la agregación de opiniones. Con el sondeo, o el voto, como con el *mercado*, el modo de agregación es *estadístico*, es decir mecánico e independiente de los agentes. La puesta en relación de opiniones se hace *fuera de los agentes*. No son los individuos quienes combinan sus opiniones, quienes les confrontan *dialécticamente*, para acceder (idealmente) a una síntesis que conserve las diferencias y las rebase, para llegar a un *todo*, definido por sus conexiones más que por sus elementos. Son las opiniones individuales, reducidas al estado de votos enumerables mecánicamente, como piedras, que son adicionadas, pasivamente, sin que nada sea hecho a cada una de ellas (Bourdieu, 2000: 26)

La ilusión de implementación y apuesta por la sustentabilidad de estos proyectos marcados por la moderación es que el apoyo dado por el resultado electoral y la habilidad para moverse defensivamente



desde el gobierno frente a las olas internacionales agresivas bastan. Y frente a esto se puede responder que, efectivamente, eso basta eventualmente para continuar en el gobierno. En términos analíticos se podría sostener que la idea de lo mejor dentro de lo posible en una situación de relaciones de fuerza desfavorable es un proyecto que, de realizarse, hará de lo posible algo cada vez más estrecho sostenido en una ética de la responsabilidad, que sin ideología trascendente es apenas un recurso elegante de adaptación a las diferentes condiciones que plantea el status quo.

Porque no se trata solo de un cúmulo de actitudes defensivas, la misma propuesta más trascendente, por llamarla de algún modo, posee una identidad defensiva. Porque si hay un ideal, más allá el reconocimiento e identificación con una experiencia anterior exitosa, que es observable no en un proyecto explícito sino en los intentos, en las apuestas, en algunas efectivas realizaciones, no es otra cosa que lo que Michel Albert llamó un capitalismo renano, un estado que deja actuar al mercado, pero que sin embargo interviene en algunas zonas relacionadas con algún bienestar ciudadano y claramente con políticas sociales de contención de los excluidos. Que eventualmente puede intervenir tímidamente en algún reacomodamiento del sistema impositivo si se presentan algunas condiciones favorables que trascienden al estado y los gobernantes. Y en términos políticos logrando la adhesión popular mediante acciones dirigidas a convencer a los electores de mantener el voto revalorizando políticas de gobierno que, aunque no resulten las esperadas, deberán ser entendidas en el marco de las limitaciones que los poderes imponen a ese modelo. Es por eso que las profesiones relacionadas con la ingeniería electoral se convierten en un espacio deseado por muchos jóvenes que a la vez que son portadores de una sensibilidad política, que construyeron en el marco de los límites del sentido común progresista de época. La apuesta trascendente, en fin, es un débil estado renano (Albert, 1993) en una zona más presentable de lo que al fin y al cabo sigue siendo el tercer mundo y que en función de las relaciones de fuerza pensadas en el marco de la lucha política internacional no tiene garantizada su estabilidad y su permanencia.

La hipótesis que es posible formular, tomando en cuenta lo analizado, es que, en el marco de la arrolladora fuerza político-cultural del capital financiero que si es predominante a nivel internacional lo es más en una periferia de la potencia imperial –más allá de los vientos de la multipolaridad–, la propuesta no ya de redistribución igualitaria de la riqueza y democracia participativa sino de la mera existencia de una democracia con algunas preocupaciones inclusivas necesita de una importante fuerza política para lograr sustentarse. Y que esa fuerza no va a surgir de inexistentes burguesías nacionales, ni tampoco de partidos nacionales que no están ni organizados ni movilizados sino en permanente estado de disgregación y relativa agregación, tampoco por iniciativa propia de sindicatos que en otro modelo de acumulación fueron poderosos y hoy actúan defensivamente desde sus cúpulas burocratizadas.

Pero sin lugar a dudas, junto a las formas que expresan el clima de época marcado por la reivindicación de trayectorias individuales alumbradas por una ética pragmática (que puede integrarse a diversos grupos circunstanciales compartiendo a veces efímeros y siempre acotados intereses grupales y desatenderse de los problemas que afectan en tanto comunidad humana), hay también una experiencia histórica acumulada de sociedad integrada y de movilidad social ascendente. Memoria de una sociedad integrada



que sobrevive en diversos espacios de la sociedad, en prácticas del presente que se actualizan en sindicatos, en los barrios, en la escuela, en los hospitales, en formas de resolución de problemas en zonas diversas del espacio social. Cada una de esas prácticas que en los hechos resultan en formas de resistencia, aunque no sean percibidas como tales, se convierten sin duda en un capital social relevante para una lucha política que se proponga alterar los principios de visión y división del mundo del orden presente. Ese capital puede deslizarse por una pendiente de lenta y progresiva disolución o puede ser vitalizado y resignificado mediante una interpelación política que sea audaz en términos culturales y apunte a la fortaleza del sentimiento igualitario. Pero es cierto que para transformar ese capital latente en el núcleo productivo de construcción de una fuerza político cultural que incida en las relaciones de fuerza realmente existentes es imprescindible crear condiciones que habiliten la construcción de la opinión colectiva y de su expresión. No hay otra posibilidad para los sectores dominados. Y eso supone una conmoción. También, y quizá sobre todo, para los espacios políticos que conservan retóricas y, en algunos casos como el del kirchnerismo, experiencias recientes de fuertes intentos de inclusión a través de un liderazgo recomponedor, ya que debido a la ausencia de proyecto trascendente ven en la posibilidad de debate abierto en sus propias filas un peligro de disgregación. Es por ello que la opción menos problemática es quedarse en la adición mecánica de preferencias que produce el voto, en definir como aspecto central, de acuerdo a la tradición liberal, a la elección, en vez de considerar de esa manera la elección del modo de construcción colectiva de las elecciones, el modo de fabricación colectiva de la “voluntad general” por medio de la deliberación libre, “por el acto comunicativo, como dice Habermas, que cambia los contenidos comunicados y las personas que comunican, por el *trabajo colectivo de búsqueda* de la opinión común” (Bourdieu, 2000: 27).

En 1911, el escritor checo Jaroslav Hasek (2015), contemporáneo de Kafka, fundó en una taberna de Praga, junto a un grupo de amigos cercanos al mundo libertario, un partido político que llamaron “Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley”. Fue, sin ambigüedades, una burla a la política de la época. La mesura, la prudencia son, sin lugar a dudas, comportamientos que resultan productivos cuando se ejercen desde la libertad que otorga el poder en tanto implican gestos de condescendencia del poder al que no se le discute el poder. Cuando lo actúan grupos o personas que están en una situación desfavorable en las relaciones de fuerza, la moderación tiene el papel implícito o explícito de agrandar o no ofender al poderoso, y de hecho lo que hacen es confirmar el lugar de subordinados en una relación de dominación. La situación es homologable a la política: con el “Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley” se puede, en el mejor de los casos, permanecer sin haber alterado las relaciones económicas fundamentales. Quizás evitando un empeoramiento de la población integrada y asistiendo a los excluidos. Pero ocurre que la condición de aceptación moderada de las relaciones de poder desde el lugar negativo de la desigualdad tampoco garantiza la sustentabilidad del proyecto, ya que los sectores que expresan la cultura predominante a nivel internacional pueden no tolerar pequeñas disidencias. La opción que supone el intento de rearmar relaciones de fuerza habilitando condiciones para la construcción colectiva de opinión y revitalizando un poderoso capital social y cultural que incluye el



sentimiento igualitario es, sin lugar a dudas, problemática. Pero es verdad que la audacia es un componente irremediable de una política transformadora y, además, empática con el sentimiento igualitario argentino. Por otro lado, la experiencia no indica que en manos de los dominados la audacia haya sido menos eficiente que la medida.

Bibliografía

- Amin, S. (2010). La economía política del siglo XX. En *Escritos para la transición* (pp. 11-22). La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia.
- Beinstein, J. (2016). Lumpenburocracias latinoamericanas. *Revista Maíz*, 6, 16-21.
- Albert, M. (1993) :*Capitalismo contra capitalismo*. Buenos Aires: Paidós.
- Bagú, S. (1997). *Catástrofe política y teoría social*. México: Siglo Veintiuno editores y Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades UNAM.
- Bourdieu, P. (1999). El neoliberalismo, utopía (en vías de realización) de una explotación ilimitada. En *Contrafuegos* (pp. 136-150). Barcelona: Anagrama.
- Bourdieu, P. (2000). *Sobre el campo político*. Lyon: Presses universitaires de Lyon.
- Bourdieu, P. (2007). *El sentido práctico*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Bourdieu, P. (2013a). Efecto Manet. ¿Qué es una revolución simbólica? *Le monde diplomatique (edición Cono Sur)*, 174, 13-15.
- Bourdieu, P. (2013b) *Manet, une révolution symbolique. Cours au Collège de France (1998-200) suivis d'un manuscrit inachevé de Pierre et Marie-Claire Bourdieu*. París: Seuil.
- Dahrendorf, R. (2006). La cuadratura del círculo: bienestar económico, cohesión social y libertad política. En *El recomienzo de la historia. De la caída del muro a la guerra de Irak* (pp. 99-120). Buenos Aires: Katz editores.
- Fraser, N. (1998). La justicia social en la era de las "políticas de identidad": redistribución, reconocimiento y participación. *Revista Apuntes de investigación del CECYP*, 2/3. 26-38.
- Hasek, J. (2015). *Historia del Partido del progreso moderado dentro de los límites de la ley*. Barcelona: Ediciones La Fuga.
- Holzer, M W (Colonel). (2012). Offensive Lawfare and the current conflict. *National security journal, Harvard law school*, 10. Recuperado de <http://harvardnsj.org/2012/04/offensive-lawfare-and-the-current-conflict/>
- Levitsky, S; y Ziblatt, D. (2018). *Cómo mueren las democracias*. Barcelona: Ariel.
- Lipset, S M. (1963). *El hombre político*. Eudeba: Buenos Aires.
- Marín, J C. (2007). *Los hechos armados*. Buenos Aires: La rosa blindada, PICASO.
- Marx, C; y Engels, F. (1959). *La ideología alemana*. Montevideo: Ediciones pueblos unidos.
- Mbembe, A. (2017). La era del humanismo está terminando. *Revista Diálogos del sur*, 12 de febrero de 2017.
- Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Madrid: Editorial Melusina.



Moore Jr., B. (1996). *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*. México: Universidad Autónoma de México.

Sidicaro, R. (2015). Las anomias argentinas. *Apuntes de Investigación del CECYP*, 28.

Streeck, W. (2014). ¿Cómo terminará el capitalismo? *New Left Review*, 87, 38-69.

Tilly, C. (1997). La Globalización amenaza los Derechos Laborales. *Apuntes de investigación del CECYP*, 1, 22-58.

Wallerstein, I. (1996). *Después del liberalismo*, México: Siglo XXI Editores.

